



## Circulación y movilidad de la máquina de coser en territorios salitreros y *Lican Antay* (1870-1950)

Circulation and mobility of the sewing machine in nitrate territories and Lican Antay communities (1870–1950)

**Héctor Morales**

Universidad de Chile (Santiago, Chile) [hmorales@uchile.cl](mailto:hmorales@uchile.cl)

<https://orcid.org/0000-0002-9331-2403>

Rol: conceptualización, redacción – borrador original

**Emilia Müller**

Museo Histórico Nacional (Santiago, Chile) [emilia.muller@mhn.gob.cl](mailto:emilia.muller@mhn.gob.cl)

<https://orcid.org/0000-0002-0361-1697>

Rol: conceptualización, análisis formal

**Damir Galaz-Mandakovic**

Universidad Bernardo O'Higgins (Santiago, Chile) [damirgalaz@gmail.com](mailto:damirgalaz@gmail.com)

<https://orcid.org/0000-0003-0312-6672>

Rol: conceptualización, investigación en terrero

**Andrea Wechsler Pizarro**

Universidad del Desarrollo (Santiago, Chile) [andreawechsler@gmail.com](mailto:andreawechsler@gmail.com)

<https://orcid.org/0000-0002-3787-0777>

Rol: conceptualización, validación



## RESUMEN

Este artículo examina la circulación, apropiación y resignificación de la máquina de coser en el norte de Chile, centrándose en territorios salitreros e indígenas Lican Antay entre fines del siglo XIX y mediados del siglo XX. A través de una metodología cualitativa que integra fuentes históricas, etnográficas y materiales, se analiza cómo este artefacto técnico-industrial fue domesticado en contextos productivos, escolares y cotidianos, dando lugar a nuevas formas de vestir, trabajo y agencia femenina. Lejos de representar una simple transferencia tecnológica, la máquina de coser fue incorporada en tramas locales de significación, articulando regímenes visuales, saberes textiles ancestrales y economías morales del vestir. En este proceso, emergieron estéticas híbridas y modos específicos de costura que revelan cómo las comunidades reconfiguraron su relación con la modernidad y la industria desde sus propias coordenadas culturales. El estudio propone una lectura situada del objeto técnico como artefacto sociotécnico y liminar, capaz de entrelazar historias de género, clase, migración y resistencia en escenarios periféricos del capitalismo global.

**Palabras clave:** costurera, indígenas, máquina de coser, modista, minería salitrera.

## ABSTRACT

This article examines the circulation, appropriation, and re-signification of the sewing machine in northern Chile, focusing on nitrate territories and Lican Antay indigenous communities between the late 19th and mid-20th centuries. Through a qualitative methodology that integrates historical, ethnographic, and material sources, the study analyses how this technical-industrial artifact was domesticated in productive, educational, and everyday contexts, giving rise to new forms of clothing, labour, and female agency. Far from representing a mere technological transfer, the sewing machine was embedded in local frameworks of meaning, intertwining visual regimes, ancestral textile knowledge, and moral economies of dress. In this process, hybrid aesthetics and specific modes of sewing emerged, revealing how communities reconfigured their relationship with modernity and industry according to their own cultural coordinates. The study offers a situated reading of the technical object as a sociotechnical and liminal artifact, capable of weaving together histories of gender, class, migration, and resistance in peripheral scenarios of global capitalism.

**Key words:** seamstress, natives, sewing machine, dressmaker, saltpetre mining.



## INTRODUCCIÓN: ESCENA GLOBAL Y UBICUIDAD DE LAS MÁQUINAS

La introducción de la máquina de coser transformó profundamente las formas tradicionales de confección de prendas de vestir, alterando no solo los procesos técnicos de producción, sino también la organización del trabajo doméstico y la vida familiar. Su incorporación permitió una confección más rápida, estandarizada y precisa, lo que favoreció la adopción de un vestuario funcional adaptado a las exigencias de las actividades productivas emergentes. En términos socioculturales, esta innovación tecnológica contribuyó a una normativización de las formas de vestir, en sintonía con las ideas de progreso, orden y modernidad que circulaban ampliamente durante la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del XX. Por primera vez, los patrones estéticos y sanitarios del canon europeo –considerados “civilizados”, “apropiados” e “higiénicos”– trascendieron los límites de la élite nacional para difundirse de manera masiva en sectores populares. Esta expansión de estilos y códigos visuales, portadores de significados sociales, de clase y de género, solo fue posible gracias a la mecanización textil, que permitió reproducir en serie aquellas formas vestimentarias asociadas a la modernidad occidental.

El vestir moderno, o su confección mecanizada, surgió con las revoluciones industriales de los siglos XVIII y XIX, gracias a las primeras máquinas textiles industriales a vapor en 1784 y al incremento generalizado de la producción de algodón y telas provenientes de la India. La creciente burguesía, después de la caída de las monarquías europeas, se consolidó como la clase dominante, y lo hizo mediante la construcción de apariencias con el fin de lograr la distinción social. Este requerimiento de clase se desarrolló en conjunto con la expansión del consumo y el desarrollo capitalista en todo Occidente. Por otro lado, el proletariado no estuvo ajeno, pues requirió también la expansión de vestimentas funcionales y resistentes para sus labores productivas industriales.

En la Feria Mundial de París (1865) se presentó el modelo *New Family*, una máquina de coser de uso doméstico que, desde 1890, permitió a Singer S.A. cubrir casi la totalidad del mercado mundial de estas máquinas (Gregory, 2014), convirtiéndose en una de las marcas más vendidas a nivel global. Considerada uno de los primeros electrodomésticos, esta máquina introdujo la Revolución Industrial al hogar, anticipando importantes transformaciones en la manufactura del vestuario (Page, 1999). En este contexto, donde ya existían los sastres, se masificó el uso doméstico de la máquina de coser y surgió la figura del modista como “genio artístico” y comerciante, cuyas creaciones comenzarían a determinar el devenir de la moda. La figura central de este período fue Charles Frederick Worth (1825–1895), considerado el padre de la alta costura. Fue pionero en firmar sus creaciones con etiquetas, estableciendo así un precedente en la autoría y la valorización del diseño de moda como expresión individual. Su labor marcó el surgimiento del diseñador como autor, en contraposición al anonimato que caracterizaba previamente a los confeccionistas. Paralelamente, la expansión de las revistas de moda —como *La Mode Illustrée* en Francia o *Godey's Lady's Book* en Estados Unidos— desempeñó un papel crucial en la difusión de las tendencias estéticas. Estos medios reproducían ilustraciones detalladas y catálogos con modelos de temporada, permitiendo que una audiencia cada vez más amplia accediera simbólicamente al universo del vestir refinado, incluso fuera de los centros urbanos o de las élites sociales. Así, se consolidó un nuevo régimen visual y comercial en torno al cuerpo, la vestimenta y el consumo.



La máquina de coser fue el primer bien de consumo complejo producido de forma masiva y comercializado prácticamente en todo el mundo. Sin embargo, su importancia económica y social proviene no solo de haber sido el primero, sino también de la ubicuidad que alcanzaron estas máquinas a nivel global antes de 1914, es decir, previo a la Primera Guerra Mundial.

La propagación global de la máquina de coser fue notable tanto por su amplitud geográfica como por su capacidad de penetrar en distintas economías y clases sociales. Aunque inicialmente su difusión se concentró en las economías avanzadas —como Estados Unidos, Canadá, Australia y Nueva Zelanda—, caracterizadas por altos ingresos per cápita y un creciente mercado de consumo doméstico, su impacto más sorprendente ocurrió en los márgenes del sistema industrial mundial. En efecto, la máquina de coser alcanzó una popularidad considerable incluso en países periféricos y de menor desarrollo relativo, como Rusia, Italia, España y Portugal. Para 1914, más de uno de cada cinco hogares en estos países poseía una máquina de coser, evidenciando su inserción como artefacto doméstico esencial en contextos de modernización desigual (Godley, 2006).

Desde la década de 1870, la compañía Singer logró una hegemonía casi absoluta en el mercado global, llegando a vender el 90 % de todas las máquinas familiares distribuidas en América, Europa, Asia, África y Australasia. Esta expansión sin precedentes convirtió a la máquina de coser en uno de los primeros bienes de consumo verdaderamente globales, articulando cadenas de producción, distribución y publicidad a escala planetaria. Para 1913, las ventas anuales de Singer superaban los dos millones y medio de unidades, cifra que da cuenta tanto de su capacidad industrial como de la creciente demanda por tecnología doméstica en un mundo cada vez más integrado por el comercio y las aspiraciones de progreso. Esta tendencia solo se vería interrumpida por el estallido de las guerras mundiales, que redirigieron los esfuerzos manufactureros hacia fines bélicos y alteraron temporalmente los patrones de consumo global.

Las máquinas de coser llegaron a Chile por el puerto de Valparaíso a mediados del siglo XIX, como marca registrada desde 1870 por *The Singer Manufacturing Company*, siendo importadas regularmente desde 1892 por *Burmeister & Cía*. La importación nacional de máquinas de coser pasó de 1.050 dispositivos a 48.435 entre 1859 y 1883 (Salazar, 1989: 311) incluso llegando modelos previos a la *New Family* presentada en París. Se destaca que la industria del vestuario tuvo como base a las costureras domésticas, quienes tuvieron como antecedente inmediato a las hilanderas artesanas, cuya labor fue disminuyendo correlativamente en la medida en que aumentaba la circulación de máquinas de coser.

A fines del siglo XIX, la llegada de las máquinas de coser a Chile no solo marcó un hito en la transformación de la vida doméstica, sino también en el dinamismo de la prensa. Los archivos de periódicos de la época evidencian una activa promoción comercial de estos dispositivos, destacando su utilidad, modernidad y accesibilidad. El diario *El Mercurio* de Valparaíso fue uno de los primeros en anunciar con entusiasmo la importación de estas máquinas, que arribaban por el puerto para su posterior distribución al resto del país.



Prontamente, su presencia se extendió a las provincias, como lo demuestra el periódico *El Comercio* de Calama, donde se registran anuncios frecuentes y llamativos sobre su venta. Las publicaciones no solo informaban, sino que creaban una narrativa de progreso y modernización asociada a la máquina de coser, posicionándola como un bien deseado tanto en los hogares urbanos como rurales del Chile finisecular.

La presente investigación adopta una metodología cualitativa, histórica y etnográfica, enfocada en el análisis de la circulación, apropiación y resignificación de la máquina de coser en contextos salitreros e indígenas del desierto de Atacama. Se articula una estrategia metodológica mixta que integra el examen de archivos históricos (prensa, registros escolares, publicidad comercial y fuentes migratorias), el análisis de objetos materiales (máquinas, telas, vestimentas) y el trabajo de campo etnográfico en comunidades Lican Antay. A partir de una lectura relacional y contextual de las materialidades, inspirada en la obra de Tim Ingold, se busca comprender cómo los artefactos tecnológicos no solo poseen una funcionalidad técnica, sino que adquieren sentidos sociales y simbólicos al insertarse en tramas históricas y culturales específicas. Esta metodología permite vincular procesos globales de modernización con prácticas locales de producción y uso, subrayando el rol activo de las comunidades en la domesticación de tecnologías.

La hipótesis que orienta este estudio sostiene que la llegada de la máquina de coser al norte de Chile no implicó una simple transferencia de tecnología desde los centros industriales hacia los márgenes, sino que configuró un proceso dinámico de apropiación y resignificación local. En este proceso, la máquina fue integrada de forma creativa en los hogares, talleres y circuitos de trueque, transformando prácticas de trabajo femenino, códigos de vestimenta y formas de vida. Lejos de representar una ruptura abrupta con las tradiciones textiles andinas, la adopción de esta tecnología abrió paso a una cultura del vestir híbrida, que combinó saberes ancestrales con materiales y diseños industriales. De este modo, la máquina de coser operó como un dispositivo sociotécnico que contribuyó tanto a la reproducción como a la transformación de identidades, economías morales del vestir y relaciones de género en territorios atravesados por la modernidad extractiva.

## LAS MÁQUINAS DE COSER EN EL DESIERTO SALITRERO

La concentración de población en el norte de Chile a fines del siglo XIX<sup>1</sup> se produce en un contexto de modernización capitalista que insertó al país en la revolución industrial, aunque solo dentro del marco del extractivismo, lo que consolidó una condición de economía proveedora (Vilches & Morales, 2017; Galaz-Mandakovic, 2018). En este escenario emergió el crecimiento de la industria

<sup>1</sup> En la sociedad industrial del siglo XIX, la separación de género era muy marcada y se expresaba de modo sartorial. En esta época en muchas sociedades occidentales las normas de vestimenta femenina eran estrictas y reflejaban y reforzaban los roles de género tradicionales. Las mujeres estaban generalmente limitadas a usar faldas largas, crinolinas y otros atuendos que afectaban su corporalidad (Müller, 2021). El uso de pantalones, camisas o corbatas estaba estrictamente prohibido para las mujeres (Bard, 2012). Estas restricciones eran parte de una estructura más amplia de normas sociales que delineaban el papel de la mujer en la sociedad, generalmente renegadas a roles domésticos y con una participación limitada en ámbitos más amplios como la política, la educación o el trabajo remunerado. Así como el traje se puede considerar el uniforme masculino de la época, el vestido femenino fue la única manera en que se les permitía vestir a las mujeres al comienzo del siglo XX en este tipo de sociedades.



minera en el actual Norte Grande, en paralelo a la instalación de relevantes complejos industriales en la región, como el mineral de plata de Caracoles en 1870, los cantones salitreros entre 1870 y 1960, la industria del azufre en la frontera desde 1884, extracción de bórax en el salar de Ascotán de 1880 y el yacimiento cuprífero de Chuquicamata en 1915. Los habitantes de esta región sometieron sus vestimentas a condiciones ambientales particularmente extremas, caracterizadas por baja humedad, alta refracción solar, elevada salinidad y marcadas oscilaciones térmicas (con mínimas de -10°C y máximas de 30°C). Estas condiciones establecieron límites críticos para la selección de materialidades textiles y, en consecuencia, para el desarrollo doméstico de prendas adecuadas para la protección del cuerpo (Morales, 2025).

En este contexto emergieron arreglos, acoplamientos o ensamblajes: las máquinas de coser, las telas y las prendas de vestir no son activas por estar imbuidas de agencia, sino por las relaciones que establecieron con el entorno. Las propiedades de los materiales, por tanto, no constituyen atributos fijos, sino que son contextuales, transitorios y relacionales. El diseño y las formas de la ropa adquieren así efectos sociales y simbólicos significativos en una sociedad minera e indígena situada en el desierto de Atacama a fines del siglo XX (Ingold, 2010 & 2013).

Las máquinas de coser fueron prontamente comercializadas en las oficinas salitreras de Tarapacá, Antofagasta y Tal Tal en el norte de Chile, debido al alto poder adquisitivo de las poblaciones mineras y al novedoso uso doméstico que permitía confeccionar y reparar vestimentas.

Hacia 1914, en la ciudad de Antofagasta se contabilizaban 36 sastrerías, de las cuales 12 eran de propietarios bolivianos, 8 de chilenos, 5 de peruanos, 2 de franceses, 5 de italianos, 2 de austrohúngaros y 2 de españoles (Bertini, 1914).

En 1881, en Antofagasta, a través del diario *El Industrial*, el almacén Meza i Chappuzeau anunciaba la venta de “máquinas de coser vencedora de pie i de mano” (21 de diciembre de 1881, p. 1). De este modo, también se activó un mercado de repuestos. En *El Industrial*, el almacén Llave Colorada anunciaba: “Compongo como siempre máquinas de coser (...) repuestos, aceite i agujas para las misma” (21 de agosto de 1897, p. 4).

También se evidenció el surgimiento de talleres de sastrería en Antofagasta, como el erigido por Serjio Castilla, que, “también se ofrece como cortador en cualquiera otra sastrería” (*El Industrial*, 15 de febrero de 1895).

Igualmente, la presencia de los talleres diversificó las importaciones, Sastrería El Belén de Antofagasta, anunciaba la llegada de un surtido de casimires “para la presente estación”, además de franela inglesa aborlonada “recién importada a Chile” y que “se vende artículos para sastres a precios módicos” (*El Industrial*, 3 de enero de 1896).



Otro caso remite al momento en que se anunciaba:

A los propietarios de sastrerías i al público en jeneral, que por vapor próximo recibiré un inmenso i varios surtidos de cortes de casimir inglés i francés, de pura lana, para ternos, ambos i pantalón, cortes de fantasía para chalecos, de mui preciosos colores. (El Industrial, 10 de abril de 1896)

Las máquinas de coser también dinamizaron una migración especializada asociada a este dispositivo y de servicios ambulantes, por ejemplo, H. Anselme de la Sastrería Dubreuil de Valparaíso arribaba a Antofagasta y se comunicaba:

Tengo el gusto de avisar a mis clientes i al publico en jeneral, que solamente hasta el martes 30 recibiré sus ordenas en el Grand Hotel de France et d'Angleterre, pieza num.I. Tengo un surtido completo de telas nuevas para invierno i para toda estación. (El Industrial, 26 de abril de 1895).

Otro caso remite a una modista llegada de Valparaíso:

Habiéndome establecido en este puerto, tengo el honor de ofrecer a las señoritas i señoritas antofagastinas mis servicios en la confección de trajes. Corte esmerado, conforme a los últimos modelos. Puntualidad i precios módicos. Cristina Rosales. (El Industrial, Antofagasta, 4 de enero de 1901, p.1)

En 1905, en el mismo diario, el comerciante Santiago Imrie expuso:

Hace más de un año que dejé de ser ajente de la máquina de coser Singer que fué introducida por mí en esta provincia i en Bolivia, pero ya que es anticuado, he tomado la ajencia de la más moderna i famosa máquina de coser Eldredge, la cual he hecho tanta competencia a la Singer en los Estados Unidos (...) Tengo un buen surtido i las vendo a precios tan baratos como la antigua. (El Industrial, Antofagasta, 5 de julio de 1905, p. 1)

Este conjunto de avisos comerciales publicados en diario *El Industrial* entre 1881 y 1905 permite observar cómo la introducción y circulación de la máquina de coser en Antofagasta no solo transformó las prácticas productivas vinculadas a la confección, sino que también articuló un incipiente ecosistema técnico-comercial ligado al consumo, al trabajo especializado y a la movilidad interregional. Este fenómeno puede ser interpretado como una expresión temprana de la tecnologización de la vida cotidiana, en la medida en que el dispositivo no solo automatizó procesos manuales, sino que reorganizó redes laborales, flujos comerciales y saberes técnicos en torno a su uso, productos y mantención.

La máquina de coser opera aquí como un objeto sociotécnico, pues su inserción en el espacio urbano antofagastino implicó la configuración de nuevos roles sociales (modistas, sastres ambulantes, agentes de ventas, mecánicos de repuestos), así como la creación de una infraestructura de soporte material (aceites, agujas, telas importadas) que excede el dispositivo en sí. Al mismo tiempo, el tránsito de expertos y proveedores desde Valparaíso hacia el norte de Chile evidencia la constitución



de una geografía técnica de la moda y del trabajo textil, donde la máquina de coser actuó como vector de especialización, diferenciación de género (modistas para mujeres, sastres para hombres) y jerarquización tecnológica (como lo sugiere la competencia entre marcas como Singer y Eldredge). En suma, estos anuncios no solo documentan un proceso comercial, sino que revelan cómo la tecnología se inscribe en procesos de modernización periférica, reconfigurando materialidades, aspiraciones y territorialidades en el Chile salitrero. (Figura 1).

**Figura 1.** Publicidades y avisos en el diario *El Industrial*, Antofagasta, entre 1895 y 1896. a) 15 de febrero de 1895. b) 10 de abril de 1895. c) 11 de abril de 1895. d) 3 de enero de 1896. e) 26 de abril de 1896. f) 29 de enero de 1896. Fuente: *El Industrial*, Antofagasta. Elaboración propia.

**Figure 1.** Advertisements and news in the newspaper *El Industrial*, Antofagasta, between 1895 and 1896. a) February 15, 1895. b) April 10, 1895. c) April 11, 1895. d) January 3, 1896. e) April 26, 1896. f) January 29, 1896. Source: *El Industrial*, Antofagasta. Own elaboration.

La máquina de coser llegó a Chile envuelta en una caja de madera, como un estuche sellado que resguardaba no solo engranajes, sino también los secretos del tiempo, el trabajo y la técnica. En su interior yacían las piezas de acero —engranajes, discos, tensores y correas— ensambladas en una coreografía precisa pero invisible, donde agujas y poleas aguardaban el roce de unas manos para cobrar vida. Su cuerpo, macizo, oscuro y pulido, no ofrecía únicamente la promesa de puntadas rectas: albergaba siglos de invención mecánica y destreza humana, condensados en un artefacto que multiplicaba fuerzas, organizaba el movimiento y domesticaba lo que antes era artesanal y disperso, abriendo paso a una confección cada vez más sistematizada y productiva.

En la penumbra de su envoltorio industrial latía una revolución silenciosa. No era una máquina cualquiera: era un objeto liminar, donde convergían la técnica y la intimidad, el trabajo productivo y el cuidado, el hogar y el mercado. Hilo a hilo, esta herramienta protegería los dedos laboriosos de costureras y sastres, al tiempo que transformaba la tela en abrigo, en trazo, en identidad. Con ella, el vestido dejaba de ser únicamente una prenda: se volvía signo, frontera, estatus y memoria. Así, la máquina de coser no solo aceleró la manufactura; tejió modernidades, permitió la entrada de lo global en lo doméstico, y marcó una nueva era en la historia de los cuerpos vestidos y de los gestos cotidianos que sustentan la vida (Figura 2).



**Figura 2.** Avisos publicitarios de máquinas de coser fueron publicados de manera recurrente en *El Mercurio* de Valparaíso entre los años 1871 y 1912, sin distinción de secciones. Estas inserciones reflejan tanto la consolidación de un mercado emergente de bienes de consumo doméstico, como la progresiva incorporación de tecnologías modernas en los hogares urbanos del país. Fuente: *El Mercurio* de Valparaíso.

Elaboración propia.

**Figure 2.** Advertisements for sewing machines were published recurrently in *El Mercurio de Valparaíso* between 1871 and 1912, without distinction of newspaper sections. These insertions reflect both the consolidation of an emerging market for domestic consumer goods and the gradual incorporation of modern technologies into the country's urban households. Source: *El Mercurio de Valparaíso*. Own elaboration.

Fue entonces que se atestiguaron profundos cambios en las relaciones sociales y de género cotidianas con la incorporación de la máquina de coser al espacio doméstico. Para la incipiente clase media femenina de fines del siglo XIX, su posesión se tornó un símbolo de modernidad y eficiencia doméstica, volviéndose prácticamente imprescindible. Su uso no solo facilitaba la confección y reparación rápida de prendas, sino que también permitía adherir al canon vestimentario burgués, que dictaba normas de presentación corporal cada vez más exigentes y normalizadas. La máquina de coser, en este contexto, se convirtió en una herramienta de inclusión simbólica en el universo del vestir “apropiado” —marcado por valores cosmopolitas y aspiraciones de respetabilidad— y ofrecía a sus usuarias la posibilidad de participar activamente en el inestable y vertiginoso ritmo de la moda occidental.

En los sectores populares, su impacto fue más ambivalente y revelador de las tensiones estructurales del capitalismo industrial. Introducida principalmente a través de las costureras, la máquina de coser amplificó la capacidad productiva de las mujeres, permitiéndoles generar ingresos propios y contribuir al sustento familiar. No obstante, esta misma mecanización del trabajo doméstico intensificó las condiciones de explotación: al trasladar la lógica fabril al interior del hogar, profundizó la precarización del trabajo femenino, invisibilizado y desprovisto de derechos laborales.



Así, la máquina de coser operó simultáneamente como vector de autonomía económica y como dispositivo de subordinación, articulando un nuevo régimen de género centrado en la productividad, la obediencia moral y la eficiencia doméstica.

En palabras de Elizabeth Hutchinson, “la máquina de coser, que fue una vez promocionada como la tecnología que aliviaría la carga de trabajo de las mujeres y les daría una fuente de ingreso independiente, había llegado a ser el instrumento de su propia esclavitud en la fábrica y en el taller” (Hutchinson, 2014: 110).

La costurera, un oficio predominantemente desempeñado por mujeres —aunque no de forma exclusiva, según nuestra etnografía—, se encargaba de confeccionar, reparar y diseñar ropa a domicilio, ya sea por encargo de clientes particulares o según los requerimientos de las grandes casas comerciales. En este proceso de expansión de la ropa confeccionada y de la consecuente democratización de la moda, los estereotipos etarios y de género fueron reforzados, dando lugar a vestimentas específicas para bebés, niñas, niños, jóvenes, mujeres y hombres, con diversidad de colores, telas, costuras y estampados, en clara concordancia con los constantes cambios promovidos por el sistema de la moda.

La confección masiva y especializada de prendas, posibilitada por la introducción de la máquina de coser, transformó profundamente las relaciones sociales en torno al vestir. Por primera vez, el acceso a vestimentas ajustadas a los cánones de la moda europea dejó de ser un privilegio exclusivo de las clases dirigentes para extenderse —aunque de forma desigual— a sectores más amplios de la población (Milena, 2012; Landgrave, 2017; Morales, 2018). Este proceso significó no solo una democratización relativa del consumo textil, sino también una reconfiguración de los imaginarios sociales ligados a la apariencia, la decencia y la movilidad social.

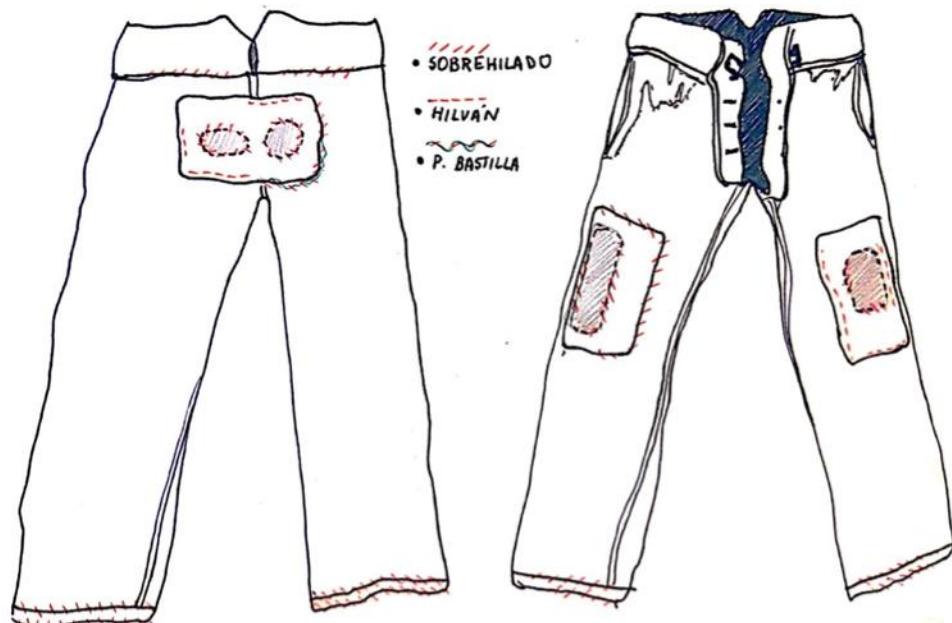
El acto de vestir, mediado ahora por la posibilidad de producir o adquirir ropa confeccionada en el hogar o en pequeños talleres, adquirió nuevos significados sociales: las prendas ya no eran solo signos de estatus, sino también indicadores de integración cultural, aspiración y pertenencia a un orden moderno. En este contexto, la máquina de coser no solo multiplicó la producción, sino que alteró los circuitos de valor del trabajo femenino, del gusto y de la domesticidad, consolidando un régimen visual y moral que alineaba lo cotidiano con los imperativos de la modernidad capitalista.

En la sociedad del salitre, en sus oficios y vida cotidiana, González (2002) plantea que las mujeres de la pampa trabajaban tanto o más que los hombres. Se desempeñaron en las pulperías como empaquetadoras o cajeras, en las cantinas, y también como tejedoras, costureras y modistas.

La vestimenta reciclada hecha a partir de sacos de carga, propia de una época en la que los obreros mineros usaban trajes de calicheros. Estos estaban compuestos por polainas de lana tejida —para proteger pantorrillas y rodillas—, junto a pantalones y camisas confeccionadas con telas de saco mediante máquinas de coser domésticas. Asimismo, los registros fotográficos exhiben prendas elaboradas con sacos reciclados y telas de algodón utilizadas en las oficinas salitreras, como ejemplos de una indumentaria particular de esta región y de sus actividades productivas (Morales, 2022).



Se destaca que las tejedoras: “Hubo mujeres que tejieron las fajas y las polainas de los desrripiadores y otras encallaparon (parches) los pantalones de los particulares (obreros)” (González, 2002: 202) (ver figura 3).



**Figura 3.** Callapo (vocablo quechua). Fuente: Rocío Mella (2023) Informe de Práctica Profesional de Arqueología en la Universidad de Chile.

**Figure 3.** Callapo (Quechua term). Source: Rocío Mella (2023) Archaeology report, University of Chile.

El oficio de modista era claramente reconocido en las salitreras, mientras que la denominación de costurera se asociaba a una labor menor. Las modistas compraban las telas, realizaban los moldes en cartón, cortaban las piezas y, en algunos casos, incluso contrataban personal asistente.

González rescata una narración de la señora Arroyo Luza, natural de Pica:

Le cosía a los ingenieros, le cosía a la familia del doctor, para los dueños de almacén, cosía *relindo*. Tenía que buscar niñas para que me ayudaran, mucho cosía, tenía tres, cuatro niñas. No ve que yo tenía que atender mi casa, tenía guaguas, y tenía que tener quien me ayude, no podía sola. Trabajé mucho, y me fue muy bien. Con moda que yo trabajé eduqué a mis hijos. (Para la crisis del 30) sufrimos un poco. Cosía, pero había que coser demasiado barato porque no había trabajo, la gente no podía mandar a coser pagaban bien poco. Yo cosía no más con tal de ganar unos pesos. Estuve en Iquique un tiempo que nos tocó la crisis. (González, 2002: 203).

El testimonio de la señora Arroyo Luza revela cómo la costura funcionó como estrategia de subsistencia y movilidad en un contexto de informalidad laboral, precariedad y crisis económica durante la década de 1930. Su relato muestra la doble carga del trabajo femenino, combinando



responsabilidades domésticas con producción textil artesanal, muchas veces mal remunerada, pero sostenida con esfuerzo y creatividad. Al mismo tiempo, expresa orgullo y resiliencia, al afirmar que gracias a “la moda” pudo educar a sus hijos, lo que da cuenta de una memoria afectiva que resignifica su labor como fuente de dignidad, agencia y transmisión generacional en una economía regional profundamente marcada por la desigualdad de género y clase.

En las oficinas salitreras, la modista cumplía un rol fundamental como responsable del diseño y confección de prendas de vestir femeninas, incluyendo vestidos, blusas, abrigos, sombreros y en ocasiones ropa interior. Su labor no solo implicaba habilidades técnicas, sino también un conocimiento estilístico adaptado a los gustos, normas y necesidades locales. En paralelo, los sastres —y en menor medida las mujeres que ejercían este oficio— se especializaban en la elaboración de vestuario masculino, particularmente paletós o vestones, pantalones y camisas, piezas claves dentro del atuendo formal de la época.

El proceso de confección comenzaba con la selección de los materiales textiles, considerando atributos como textura, caída, color, resistencia y adecuación climática. Posteriormente, se tomaban medidas corporales precisas para adaptar la prenda al cuerpo del cliente, se desarrollaba la moldería o patrón base, y se procedía al corte de la tela según las especificaciones. Luego se cosía un prototipo o prenda inicial —en algunos casos, una versión de prueba— sobre la cual se ajustaban detalles estructurales y estéticos. Finalmente, se realizaban las terminaciones, que incluían dobladillos, ojales, botones, forros, y otros acabados esenciales para la presentación y durabilidad del diseño.

Este oficio, profundamente artesanal, era también una práctica socialmente cargada, que articulaba saberes técnicos, relaciones de género, dinámicas económicas y estilos de vida en un entorno marcado por el aislamiento geográfico y la reglamentación del trabajo en las oficinas salitreras.

Por otra parte, podemos agregar que los archivos de prontuarios bolivianos del Archivo Histórico de la Universidad Católica del Norte indican que 253 bolivianos migraron hacia Atacama entre 1879 y 1946, presentándose como sastres en la aduana de Ollagüe. Desde allí se distribuyeron por el desierto, instalándose en más de 87 poblados (Galaz-Mandakovic & Garcés, 2021; Galaz-Mandakovic & Rivera, 2023). Gran parte de ellos provenía de Cochabamba, ciudad reconocida como centro distribuidor de fajas, pantalones y zapatos de cuero tipo Calamorro, entre otros artículos, destinados a los campamentos mineros de Bolivia y Chile.

La difusión de la máquina de coser también impactó tempranamente en las escuelas. Articulada con el desarrollo económico e industrial de la zona norte de Chile, esta expansión conllevó el surgimiento de liceos de niñas en la ciudad de Iquique —que inició sus clases en 1900— y en Antofagasta en 1905, con el propósito de impartir enseñanza a señoritas en los niveles de 1º y 2º año de Humanidades. Estas enseñanzas se integraron también en las escuelas primarias a través del curso de Educación Doméstica. Dentro de esta formación se enseñaban costura, corte y confección; para ello, los centros educacionales adquirieron máquinas de coser, se crearon talleres y se contrató a profesoras especializadas (Vicuña, 2012).



Así, dentro del concepto de mujer doméstica promovido en las escuelas durante las primeras décadas del siglo XX, la historia de la malla curricular revela la importancia del rol que desempeñaron los talleres de manualidades, labores femeninas, artes aplicadas y economía doméstica. En las décadas de 1930 y 1940, el énfasis puesto en estos ramos fue particularmente fuerte, y este archivo nos muestra que: "En el 6º Año, se inició, con muy buen resultado, el curso de *Bordado a máquina* respondiendo al anhelo que persigue esta Dirección de habilitar a las alumnas para la lucha por la vida..." (Archivo Escuela Superior de Niñas Nº2 de Tocopilla, Acta s/n. Firma: E. Del Lago, 12 de abril de 1942).

En los establecimientos femeninos, la implementación de talleres técnico-manales representaba una tarea particularmente compleja y onerosa, tanto en términos logísticos como financieros. La escasez de recursos materiales y la falta de infraestructura adecuada obligaban a las comunidades escolares a recurrir a estrategias solidarias, tales como colectas públicas y solicitudes de apoyo a vecinos con vocación altruista. Estas iniciativas buscaban suprir las carencias estructurales del sistema educativo y garantizar el acceso de las alumnas a una formación práctica, considerada fundamental para su integración en el mundo laboral y doméstico conforme a los roles de género socialmente asignados. Por citar un ejemplo ilustrativo:

Se debe hacer presente que tanto en el taller de Economía Doméstica las dos máquinas Singer, usadas también en el Taller de Costura, son de origen estrictamente particulares, útiles y los muebles se han adquiridos con el esfuerzo de maestras y vecinos de buena voluntad. (Archivo Escuela Superior de Niñas Nº2 de Tocopilla, Acta s/n. Firma: E. Del Lago, 12 de abril de 1942)

Hacia la década de 1950, se constata la institucionalización del Curso de Bordado a Máquina en la Universidad Popular del puerto salitrero de Tocopilla (Figura 4), lo que evidencia un proceso de formalización de saberes textiles en el ámbito educativo local. Este curso no solo representaba una instancia de capacitación técnica, sino que estaba sustentado por una malla pedagógica cuidadosamente elaborada, que articulaba contenidos prácticos y teóricos en torno a las múltiples posibilidades que ofrecía la máquina de coser como herramienta de transformación productiva, creativa y social. En este contexto, el bordado a máquina no solo se enseñaba como una habilidad decorativa, sino también como una estrategia de empoderamiento económico y profesionalización femenina en un entorno marcado por profundas desigualdades de género y acceso al trabajo remunerado (Tabla 1).



**Tabla 1.** Malla curricular del curso de bordado a máquina, Universidad Popular de Tocopilla, 1950. Fuente: Círculo Artes y Letras, 19 de octubre de 1960.

**Table 1.** Curriculum of the machine embroidery course, Universidad Popular of Tocopilla, 1950. Source: Círculo Artes y Letras, October 19, 1960.

Primer año	Segundo año	Tercer año	Cuarto año	Quinto año
<ul style="list-style-type: none"> <li>-Conocimiento de la máquina.</li> <li>-Conocimiento de los hilos necesarios.</li> <li>-Calcado de dibujos sobre los géneros.</li> <li>-Ajuste de telas a los bastidores.</li> <li>-Deshilados.</li> <li>-Primeras mallas.</li> <li>-Calados.</li> <li>-Acordonaduras.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>-Bordado inglés.</li> <li>-Rellenos y calados.</li> <li>-Bordar mallas.</li> <li>-Matizar colores.</li> <li>-Punto sombra.</li> <li>-Bordados en organza y en tul griego.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>-Bordados en terciopelo.</li> <li>-Huinchas y sutache.</li> <li>-Bordado al realce o relleno.</li> <li>-Bordados en lana.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>-Mostacilla, lentejuelas, cintas, hilo de oro y plata.</li> <li>-Bordados en madera.</li> <li>-Cuero y rafia.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>-Bordado chino.</li> <li>-Blondas y encaje.</li> <li>-Rellenos sobre aguja.</li> <li>-Mallas en colores.</li> <li>-Punto cruz en colores.</li> </ul>

También estaba el Curso de Modas, estructurado en tres años para la formación en confección de vestuario, evidenciando una progresión desde habilidades técnicas básicas hasta competencias especializadas en diseño y sastrería. La malla refleja no solo una lógica de aprendizaje escalonado, sino también una concepción del vestuario como arte técnico y disciplina productiva, donde se entrelazan creatividad, oficio y profesionalización (Tabla 2).

**Tabla 2.** Malla curricular del curso de modas, Universidad Popular de Tocopilla, 1950. Fuente: Círculo Artes y Letras, 19 de octubre de 1960.

**Table 2.** Curriculum of the fashion course, Universidad Popular of Tocopilla, 1950. Source: Círculo Artes y Letras, October 19, 1960.

Primer año	Segundo año	Tercer año
<ul style="list-style-type: none"> <li>-Manejo de la máquina de coser ya sea a pie, motor o de mano.</li> <li>-Tomar medidas con sistema métrico decimal.</li> <li>-Hacer ojales de camisas cerrados, forrados y ojal común.</li> <li>-Corte de telas.</li> <li>-Cortar, armar y probar un traje.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>-Desarrollar modelos.</li> <li>-Confección de trajes de calle y de tarde.</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>-Confección de abrigos.</li> <li>-Confección de trajes estilo sastre.</li> </ul>



**Figura 4.** La Universidad Popular de Tocopilla logró consolidar un programa formativo, estructurado en cinco años, lo que revela una enseñanza gradual y acumulativa que combina conocimientos técnicos, destrezas artísticas y manejo especializado de materiales destinado a mujeres del mundo popular de Tocopilla.

Fuente: Círculo Artes y Letras (1960).

**Figure 4.** The Universidad Popular of Tocopilla succeeded in consolidating a five-year training program, which reflects a gradual and cumulative form of instruction that combines technical knowledge, artistic skills, and specialized material handling aimed at women from the working-class community of Tocopilla.

Source: Círculo Artes y Letras (1960).

A comienzos del siglo XX, una de las telas más generalizadas en la confección de prendas de trabajo y artículos utilitarios fue el *osnaburgo*. Este género, habitualmente de color crudo y textura áspera, se distinguía por su tejido grueso, liviano, resistente y de notable durabilidad. Manufacturado con hilos desiguales de algodón o lino —e incluso con restos de desechos de celulosa—, el *osnaburgo* representó una solución textil accesible y funcional para los sectores populares. Su uso fue ampliamente extendido en la elaboración de sacos de harina, tapices, cortinas, manteles y vestimentas laborales, constituyéndose en una materialidad emblemática de los contextos productivos de la época, especialmente en zonas industriales y campamentos mineros del norte de Chile (Morales, 2025).

La confección de pantalones y trajes masculinos en entornos laborales e industriales recurrió a una variedad de telas resistentes y funcionales, entre las cuales la popelina adquirió un uso significativo. Este tejido, elaborado a partir de algodón y caracterizado por un color ocre en algunas variantes,



destacaba por su ligereza, frescura, suavidad al tacto y notable transpirabilidad. El pantalón confeccionado en popelina solía carecer de bolsillos, se ajustaba mediante botones y una cinta en la pretina, y ofrecía comodidad en climas cálidos o ambientes de trabajo exigentes. Su estructura textil, basada en un ligamento de sarga, permitía una disposición diagonal de los hilos, otorgando al tejido mayor elasticidad, durabilidad y resistencia a la deformación.

Junto con la popelina, otras telas de uso extendido en la época fueron el cachemir, el casimir y el tocuyo americano, reconocidas por su grosor, capacidad térmica y durabilidad. También se empleaban franela blanca, algodón en diversas variantes, rayadillo —muy común en uniformes— y mezclillas, que ofrecían distintas soluciones según las exigencias del trabajo o del clima. Estas telas no solo cumplían funciones prácticas, sino que además expresaban una economía moral del vestir ligada a la clase trabajadora, en donde la durabilidad, la reutilización y la adecuación al cuerpo eran criterios centrales de elección y uso.

### **MÁQUINAS EN MOVIMIENTOS EN EL DESIERTO LICAN ANTAY**

Durante este periodo, la arriería constituía un sistema económico y logístico fundamental para el transporte de mercancías y ganado a través de las quebradas, pampas y cordilleras. Los arrieros, en su mayoría provenientes de comunidades indígenas y campesinas, mantenían rutas transfronterizas que conectaban zonas de producción en Salta y Jujuy con centros de consumo y exportación en la costa del Pacífico, como Iquique, Tocopilla y Antofagasta. En este circuito, las mulas y llamas no solo acarreaban lana, carne o charqui, sino también objetos manufacturados, textiles y artefactos mecánicos que eran objeto de trueque o comercio en ferias altiplánicas o en estancias cordilleranas (Galaz-Mandakovic, 2024).

Como hemos indicado, las máquinas de coser llegaron al norte de Chile hacia fines del siglo XIX, especialmente con el auge de la industria salitrera. Sin embargo, su circulación no se limitó a las ciudades ni al ámbito industrial. En muchas ocasiones, estas máquinas ingresaban a los hogares indígenas a través del trueque, siendo intercambiadas por productos locales como chalona, tejidos, o incluso servicios como el arrieroje o la guarda de ganado. En este sentido, las máquinas de coser no eran simplemente mercancías: representaban una tecnología que se integraba en los mundos domésticos y productivos, articulando nuevas formas de trabajo femenino, confección y reparación de vestimenta, y a la vez, simbolizando modernidad, prestigio o independencia económica.

Este fenómeno permite observar cómo una tecnología industrial, pensada originalmente para el hogar burgués urbano, adquiría una nueva vida y significado al insertarse en redes andinas de intercambio. Así, el trueque de máquinas de coser con las poblaciones indígenas no debe entenderse como una simple transacción económica, sino como un proceso sociotécnico que reconfiguró prácticas culturales, géneros de trabajo y formas de vida en el desierto de Atacama y su periferia. En suma, las rutas de los arrieros no solo transportaban bienes, sino también saberes, técnicas y objetos que, como las máquinas de coser, se hibridaban con los modos de existencia altiplánicos.



**Figura 5.** Cargamento en mulas. Grabado siglo XIX. Fuente: Comerciantes Antioquia. Los Andes.  
**Figure 5.** Cargo carried by mules. 19th-century engraving. Source: Comerciantes Antioquia. Los Andes.

Nos narra un ex-arriero de Socaire (2018) que, “el retorno a Salta desde Atacama se realizaba con aproximadamente con 12 mulas cargadas con 2 máquinas de coser por mula” (Figura 5).

Respecto de estas mercancías, una entrevistada —hija de un arriero— recuerda en una conversación realizada en Socaire (2018) cómo, durante su infancia en la década de 1960, ciertos bienes adquirían un notable valor en los circuitos de intercambio transfronterizo: “En mi casa siempre había máquinas de coser, cerca de diez almacenadas; también había vajillas de loza y sacos de hoja de coca, todo listo para ser trasladado a Argentina. Una máquina de coser se cambiaba por dieciséis llamas, era muy alto su valor”.

Este testimonio revela la importancia de la máquina de coser no solo como instrumento doméstico o de trabajo, sino como bien de cambio estratégico en las redes de trueque que conectaban las comunidades altoandinas de Chile y Argentina. Su elevado poder adquisitivo, equiparable al de una decena y media de llamas —capital vivo fundamental en la economía pastoril andina— da cuenta del lugar central que ocupaban estos artefactos en una economía doméstica transfronteriza donde se entrelazaban tecnologías modernas, tradiciones comerciales preexistentes y dinámicas de subsistencia articuladas en torno al arrieraje.



Durante tres meses, las caravanas de arrieros atravesaban los cordones montañosos a más de 4.200 metros sobre el nivel del mar, abriéndose paso entre la escarcha de la madrugada, los abismos de sal o los intensos nevazones. Recorriendo cerca de 700 kilómetros de desierto altoandino, no solo transportaban mercancías: también cruzaban fronteras invisibles con idearios, gestos y objetos que tejían la urdimbre de una epopeya silente. Desde los puertos bullentes del Pacífico ascendían las huellas del salitre y del vapor, impulsadas por la voracidad industrial y por la agudeza ancestral de los pueblos que sabían decodificar la montaña como un texto vivo.

En este entramado de movilidad extrema, la agencia indígena no puede ser reducida a un papel logístico o subordinado. Por el contrario, fueron los pueblos originarios quienes hicieron posible la articulación de estos espacios aparentemente inconexos, movilizando conocimientos ecológicos, redes de parentesco y saberes comerciales largamente sedimentados. La montaña, lejos de ser un obstáculo, era un territorio codificado culturalmente, cuya lectura y uso permitía convertir el tránsito en una práctica estratégica de negociación y subsistencia.

Los objetos transportados —máquinas de coser, sacos de hoja de coca, vajillas de loza, tejidos— no eran solo bienes de intercambio, sino mediaciones materiales que condensaban trayectorias sociales y afectivas. Eran también instrumentos de agencia, cuya circulación no solo respondía a lógicas de mercado, sino a relaciones de reciprocidad, prestigio y adaptación cultural. Así, la agencia indígena se expresaba no únicamente en el desplazamiento físico, sino en la capacidad de integrar, resignificar y redistribuir objetos y saberes en un paisaje de frontera que desbordaba los mapas oficiales.

No eran regimientos, aunque avanzaban como tales: en hileras de mulas y llamas cargadas, los arrieros cruzaban quebradas interminables, transportando no solo lana o charqui, sino también artefactos insospechados como máquinas de coser, embaladas en cajas de madera como si fueran reliquias de otro tiempo. Aquellas máquinas, emblemas de la domesticidad urbana, eran intercambiadas en las alturas por camélidos. Cada encuentro en la ruta constituía un ritual de intercambio; cada paso, una afirmación de persistencia y adaptación. En ese tránsito no solo cambiaban de manos los objetos: se transformaban las formas de vestir, de habitar el cuerpo y de marcar el tiempo.

La hazaña no era únicamente territorial, sino también simbólica: el horizonte ideológico y material de las salitreras —con su régimen del reloj, sus jerarquías laborales y su estética de la productividad— se desbordaba cordillera arriba, permeando paulatinamente las formas de vida indígenas. Las mujeres de las comunidades altoandinas, desde Peine hasta Ollagüe, comenzaron a reinterpretar nuevas siluetas: faldas plisadas al estilo europeo, blusas con botones de nácar, cortes inspirados en revistas que nunca habían hojeado. Y, sin embargo, en cada puntada de esas costureras andinas se hilvanaba también la memoria del trueque, la soberanía del hacer manual, la apropiación crítica de una técnica foránea.

Llevadas por senderos imposibles, las máquinas de coser no sólo ensamblaron vestimentas: entrelazaron universos. Unieron la lógica fabril del valle con la sabiduría textil de la puna, articulando un encuentro denso entre técnica y territorio. En ese umbral entre lo urbano y lo indígena, entre la modernidad industrial y los saberes ancestrales, emergió una estética híbrida: una cultura del vestir



situada, forjada en el cruce de fragmentos, apropiaciones y memorias. No se trataba sólo de coser telas, sino de reconfigurar identidades a partir de los hilos de la experiencia.

Los propios trabajadores indígenas que regresaban a sus hogares en la puna portaban consigo vestimentas confeccionadas con telas industriales, propias del entorno urbano: pantalones de casimir, camisas de algodón y fajas de manufactura comercial, que poco a poco fueron reemplazando los pantalones de lana, los chalecos tejidos a mano y otras prendas tradicionales del mundo campesino andino. Este proceso de sustitución no respondió únicamente a motivos prácticos o climáticos, sino que reveló una transformación más profunda en los modos de habitar y representar el cuerpo. Así, el vestuario constituyó una tecnología cultural situada, donde se condensaron imaginarios de clase, género, pertenencia y modernidad. En este caso, los cuerpos indígenas devinieron soportes de una reconfiguración simbólica, en la que la ropa urbana operaba como marcador de experiencias laborales en el litoral salitrero y como signo de movilidad, aspiración y redefinición del lugar en el mundo. Sin embargo, también sucedieron contribuciones en sentido inverso: desde ese mundo rural se incorporaron elementos de seguridad laboral, como protectores de pantorrilla de lana o polainas propias de las tradiciones textiles prehispánicas (Morales, 2018).

Cuando el viento del progreso soplaban con voces metálicas, una figura discreta irrumpió en los hogares del desierto: la máquina de coser. Su aguja afilada no solo hilvanó telas, sino también el fin de una era. Con cada puntada, clausuró la época de la lana, aquella que durante siglos había abrigado los cuerpos y las memorias de los *Lican Antay*. Hasta entonces, las fibras eran más que materia: eran historia hilada en telares ancestrales, herencia de mundos prehispánicos y coloniales que, entre urdimbres y tramas, habían dado forma a una cultura del abrigo coherente con el paisaje extremo que habitaban, las manos indígenas supieron conjurar abrigo y belleza, fuerza y sobriedad. Ponchos, anacos, mantas, todos tejidos con la calma del tiempo largo, respiraban la lógica del territorio. Los telares eran como mapas tejidos, donde cada hilo sabía su rumbo, y cada color nombraba un cerro, una vertiente, una alianza. Vestirse era envolverse en símbolos, era hablar con el cuerpo el idioma de los abuelos. La vestimenta tradicional atacameña consistía en una túnica con franjas verticales de colores; sobre esta, las mujeres solían llevar un chal y los hombres un poncho. Estas prendas eran tejidas habitualmente con lana de camélido, teñida en colores rojo, azul, verde y amarillo, los cuales permitían formar distintos diseños (Agüero, 2015; Beaule, 2018).

Pero un día llegó la máquina, y su traqueteo constante empezó a sustituir los silencios del telar. Las telas ya no venían del pastoreo ni del teñido, sino en paquetes doblados, con estampados ajenos y tiempos apurados. Las formas del vestir cambiaron, y con ellas, también los gestos, las tareas, los roles. Aparecieron nuevas formas, se tensaron los tejidos, se aceleró el transcurrir de los días. No fue una fractura abrupta, sino una transición paulatina, una interpretación aún incompleta en la que el murmullo constante del pedal fue diluyendo, lentamente, el ritmo pausado del telar. La máquina de coser no transformó solo la técnica, sino también los tiempos, los movimientos y los significados del acto de vestir, instaurando una nueva cadencia en los cuerpos y en el espacio doméstico.

Y, sin embargo, en esa transición no hubo sólo pérdida. Hubo también resignificación, reescritura, invención. Las mujeres *Lican Antay*, costureras de frontera, aprendieron a domesticar la máquina, a torcer su lógica industrial para vestir mundos propios. Entre hilos sintéticos y restos de telas, tejieron una nueva poética del abrigo: híbrida, mestiza, resistente. Porque, aunque la lana retrocediera, el



deseo de envolver el cuerpo con sentido —con colores, memoria, con territorio— seguía latiendo, como un eco cálido en medio del desierto.

En las comunidades *Lican Antay* se ha generalizado el oficio de la *costurera casera*, mujeres que confeccionan ropa tanto para sí mismas como para sus familias. Entre sus labores cotidianas se incluyen el remiendo de costuras rasgadas, el reemplazo de botones perdidos y la realización de puntadas básicas como el pescante, el sobrehilado y el hilván, aplicados en pinzas y dobladillos de vestidos, pantalones y camisas.

Además, confeccionaban diversos artículos para el hogar, tales como cortinas, ropa de cama, tapicería y mantelería. En muchos casos, también recibían encargos de costura y elaboraban prendas con los materiales que les son provistos, utilizando máquinas de coser propias, así como una variedad de utensilios adaptados a las distintas etapas del proceso de confección. Estas tareas incluyen tanto la costura a máquina como los acabados manuales. Otra de sus funciones fundamentales es el mantenimiento y la lubricación periódica de las máquinas de coser, asegurando su correcto funcionamiento y prolongando su vida útil.

Durante el transcurso del siglo XX, en un contexto de creciente industrialización y circulación transnacional de mercancías, las comunidades indígenas *Lican Antay* desarrollaron prácticas cotidianas de apropiación creativa y resignificación material frente a los nuevos objetos que ingresaban a sus territorios. Uno de los ejemplos más emblemáticos de este proceso fue la reutilización de los sacos industriales de algodón —originalmente destinados al transporte de harina, azúcar, arroz o café— como materia prima textil para la elaboración de indumentaria y artículos domésticos.

Estos sacos, confeccionados con algodón grueso y resistente, comenzaron a acumularse en las postas comerciales, ferias, centros de acopio o directamente en los hogares. Lo que en otros contextos podía considerarse “residuo” o excedente sin valor, fue resignificado por las mujeres *Lican Antay* como un recurso altamente funcional, especialmente en un periodo en que la tradicional ropa de lana de camélido comenzaba a ser desplazada por textiles más ligeros, baratos y adaptables. Esta transición no implicó una ruptura abrupta con las prácticas culturales anteriores, sino más bien una integración paulatina entre saberes ancestrales y materiales industriales.

Los sacos de algodón eran inicialmente lavados, ablandados y descosidos manualmente. Las costureras locales —muchas de ellas conocidas como “costureras caseras”— se encargaban del zurcido preliminar a mano, tarea que precedía a la confección de prendas más complejas, especialmente a partir de la progresiva incorporación de máquinas de coser en los hogares. Este proceso artesanal e industrial dio lugar a una notable transformación material: los sacos eran convertidos en una diversidad de objetos domésticos y personales, tales como delantales, sábanas, manteles, almohadas, cortinas, pañales para bebés, ropa interior, pantalones, camisas, vestidos y fajas. En cada uno de estos objetos se entrelazan técnicas heredadas del telar andino y nuevas habilidades adquiridas en los talleres de educación doméstica o mediante el aprendizaje generacional femenino.



Uno de los aspectos más singulares de esta práctica era que las prendas resultantes conservaban muchas veces los “sellos” originales impresos en los sacos: logos industriales, tipografías extranjeras, nombres de empresas, códigos numéricos y marcas comerciales. Lejos de ser borrados, estos sellos eran integrados visualmente en las prendas, confiriéndoles una estética distintiva. Estos rastros gráficos funcionaban no solo como evidencia de procedencia industrial, sino también como símbolos de una economía moral del vestir en la que la reutilización, la austерidad y la funcionalidad se convertían en valores centrales.

Este fenómeno no debe entenderse únicamente como una estrategia económica en contextos de escasez, sino también como una forma de agencia material y tecnológica que puso en diálogo dos mundos aparentemente disímiles: el mundo indígena andino y el universo de los objetos industriales globales. Las mujeres *Lican Antay* no solo respondieron a las condiciones impuestas por la expansión del capitalismo extractivo en el norte chileno, sino que lo hicieron articulando una práctica textil profundamente situada, creativa y eficaz.

Así, la historia del algodón reutilizado en los hogares atacameños no es solo una historia de tela y costura, sino también de ingenio doméstico, de resiliencia cultural y de transformaciones materiales silenciosas que marcan el devenir de las comunidades en tiempos de cambio.

Una pastora de Socaire (2018) nos señaló: “cuando niña la ropa era de saco de harina o azúcar, era mucho más suave que la ropa de lana, uno se veía más presentable, después llegó ropa de ciudad o llegaba metros de telas con las que nuestra mamá hacía ropa que, se reparaba, una y otra vez, los pantalones se daban vuelta, duraban toda la vida 20 ó 30 años”.

La máquina de coser no solo trajo consigo los beneficios del algodón —transpirabilidad, suavidad, versatilidad y durabilidad—, sino que también operó, de forma paradójica, como un dispositivo que contrarrestaba y reforzaba al mismo tiempo los imaginarios racistas de la época. Por esta razón, los *Lican Antay* se vieron en la necesidad de alejarse de los estereotipos “indios” asociados a la vestimenta de lana.

Los beneficios de estas nuevas prendas residían principalmente en su comodidad, ya que no se trataba de ropa gruesa ni pesada. Su función principal era mantener seco el “cuerpo” de su propia transpiración y evitar que esta se enfriara. Confeccionadas con un material respirable de fibra vegetal, estas vestimentas ayudaban a conservar la temperatura corporal, mantener el calor y eliminar el exceso de sudor mediante su evaporación hacia el exterior (Zorn, 1998).

La transición y el uso combinado de lana animal y telas de algodón vegetal, experimentados por la población *Lican Antay*, constituyen un verdadero laboratorio donde se ponen a prueba las cualidades físicas de estos materiales en condiciones particulares del desierto. Entre ellas, destacan la transpirabilidad y la absorbencia, la durabilidad o resistencia a lavados continuos y la exposición constante a altas temperaturas y refracción solar. Estas propiedades fueron determinantes al momento de cambiar y adoptar nuevas formas de vestimenta. A ello se suman la suavidad al tacto, la versatilidad para coser, doblar y planchar, que ofrecían las nuevas telas.



La experiencia con estos textiles generó saberes, prácticas, técnicas y categorías propias, que posibilitaron —a través del uso de las máquinas de coser— la combinación de telas de fibra vegetal, animal y polímeros. En estos conocimientos y usos se “andiniza” todo: modos locales de nombrar las piezas y categorizarlas, memorias técnicas, formas de recordar cómo se vestía antes, nostalgia en torno a ciertas máquinas, y biografías que se entrelazan con la ropa. Estas prácticas configuran formas locales de *costuriar*: de coser, remendar, transformar y recordar prendas resistentes al frío y al calor.

## CONCLUSIONES

El texto propone una lectura crítica e históricamente situada del papel de la máquina de coser doméstica en los mundos salitreros e indígenas del norte de Chile, destacando su impacto en la transformación de las formas de vestir y su vínculo con procesos de distinción social, género, clase y territorialidad.

La máquina de coser no solo masificó la producción y el uso de vestimenta, sino que también se convirtió en una tecnología de integración y diferenciación social, posibilitando nuevas jerarquías simbólicas en contextos festivos, laborales y cotidianos. Asimismo, facilitó la circulación de modas globales, adaptadas por modistas, sastres y costureras a partir de catálogos y moldes metropolitanos, aunque resignificadas localmente con saberes técnicos, reparaciones improvisadas y reciclaje de materiales.

Una parte clave del argumento es la distinción entre roles y oficios vinculados al género y al territorio: los sastres como empresarios urbanos, las modistas como diseñadoras semiindustriales en las oficinas salitreras, y las costureras como agentes domésticas, principalmente indígenas Lican Antay, que respondían a necesidades familiares mediante el reuso de telas. Esta configuración no solo demuestra la existencia de una economía textil informal y profundamente feminizada, sino que también subraya la capacidad de agencia técnica y creativa de estas mujeres, que se vuelven mecánicas de sus propias máquinas, articulando una industria doméstica paralela.

La ropa, lejos de ser un simple marcador visual, se convierte en una plataforma de disputa política, de identidad, de clase y de género, revelando su papel estructurante en la configuración de subjetividades modernas y periféricas.

Finalmente, las máquinas de coser domésticas, junto con el trabajo de modistas y costureras, desempeñaron un papel fundamental en la provisión de vestuario para las familias y trabajadores del mundo salitrero, pero también de las familias indígenas campesinas. Más que simples herramientas técnicas, estas máquinas formaron parte de una “industria fantasma” mecanizada, compuesta por pequeñas unidades domésticas de producción, mayoritariamente gestionadas por mujeres.



## AGRADECIMIENTOS

Este artículo es parte del proyecto FONDECYT regular 1211017 “Diseño y formas de vestir en el Desierto de Atacama” y del Laboratorio de Etnografía de la Universidad de Chile.

## BIBLIOGRAFÍA

- Agüero, C. (2015). *Vestuario y sociedad andina: Desarrollo del Complejo Pica-Tarapacá (800–1400 DC)*. QILLQA. Ediciones IAA.
- Bard, C. (2012). *Historia política del pantalón*. Tusquets.
- Beaule, C. (2018). Indigenous clothing changes in the Andean highlands under Spanish colonialism. *Estudios Atacameños*, (59), 7–26.  
<https://doi.org/10.4067/S0718-10432018005001301>
- Bertini, R. (1914). *Guía plano comercial de la ciudad de Antofagasta*. Litografía e Imprenta Moderna de Scherrer y Herrmann.
- Círculo Artes y Letras. (1960). *En homenaje al 28 aniversario de su fundación*. Artes y Letras y Universidad Popular, Tocopilla.
- Galaz-Mandakovic, D. (2018). De Guggenheim a Ponce. Sistema técnico, capitalismo y familias en el extenso ciclo de los nitratos en El Toco y Tocopilla (1924-2015). *Revista Chilena De Antropología*, (37), 108–130.  
<https://revistadeantropologia.uchile.cl/index.php/RCA/article/view/49486>
- Galaz-Mandakovic, D. (2024). Crisis y desarticulación en la puna de Atacama: Sequía, epidemias y hambruna en Socaire y Peine (1949–1950). *Rumbos TS*, 19(31), 105–137. <https://doi.org/10.51188/rrts.num31.853>
- Galaz-Mandakovic, D. & Garcés, A. (2021). Jornaleros bolivianos en el Cantón Central (1879–1946): El caso de la Oficina Salitrera María. *Estudios Atacameños*, 67, e3738.  
<https://doi.org/10.22199/issn.0718-1043-2021-0006>
- Galaz-Mandakovic, D. & Rivera, F. (2023). Bolivian migration and ethnic subsidiarity in Chilean sulphur and borax high-altitude mining (1888–1946). *History and Anthropology*, 34(2), 234–259. <https://doi.org/10.1080/02757206.2020.1862106>
- González, S. (2002). *Hombres y mujeres de la pampa: Tarapacá en el ciclo de expansión del salitre*. Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, DIBAM & LOM Ediciones.



Godley, A. (2006). Selling the sewing machine around the world: Singer's international marketing strategies, 1850–1920. *Enterprise & Society*, 7(2), 266–314.  
<https://doi.org/10.1093/es/khj037>

Gregory, M. (2014). Superseding the seamstress: The sewing machine, from invention to mass production in a generation. *The International Journal for the History of Engineering & Technology*, 84(2), 115–134. <https://doi.org/10.1179/1758120614Z.00000000045>

Hutchinson, E. (2014). *Labores propias de su sexo: Género, políticas y trabajo en Chile urbano, 1900–1930*. LOM Ediciones.

Ingold, T. (2010). The textility of making. *Cambridge Journal of Economics*, 34(1), 91–102.  
<https://doi.org/10.1093/cje/bep042>

Ingold, T. (2013). Los materiales contra la materialidad. *Papeles de Trabajo*, 7(11), 19–39. <https://revistasacademicas.unsam.edu.ar/index.php/papdetrab/article/view/549>

Landgrave, S. (2017). Las máquinas de coser y sus aportes en la sociedad mexicana de la segunda mitad del siglo XIX y de la primera del XX: Un estudio de cultura material industrial. *Boletín de Monumentos Históricos*, (31), 132–145.  
<https://revistas.inah.gob.mx/index.php/boletinmonumentos/article/view/11119>

Milena, D. (2012). La revolución de la máquina de coser. *SCHEMA. Revista de Teoría e Historia del Diseño*, 2, 153–175.

Morales, H. (2018). *Habitar el desierto: Cuadernos de campo de la puna atacameña (1995–2015)* (Colección Etnografía, Vol. 1). Servicio Nacional del Patrimonio Cultural, Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio.  
[https://www.investigacion.patrimoniocultural.gob.cl/sites/www.investigacion.patrimonio\\_cultural.gob.cl/files/2022-05/Habitar%20el%20desierto%20-Cuadernos%20de%20camp%20de%20la%20puna%20atacamen%C83a%20-He%C81ctor%20Morales%20Morgado%20-Coleccio%C81n%20de%20Etnografi%C81a%20-%20volumen%20I.pdf](https://www.investigacion.patrimoniocultural.gob.cl/sites/www.investigacion.patrimonio_cultural.gob.cl/files/2022-05/Habitar%20el%20desierto%20-Cuadernos%20de%20camp%20de%20la%20puna%20atacamen%C83a%20-He%C81ctor%20Morales%20Morgado%20-Coleccio%C81n%20de%20Etnografi%C81a%20-%20volumen%20I.pdf)

Morales, H. (2022). Carga, soga y sacos en el desierto de Atacama. En B. Ballester & N. Richard (Eds.), *Cargar y descargar en el desierto de Atacama*. Éditions de l'IHEAL.  
<https://doi.org/10.4000/books.iheal.10444>

Morales, H. (2025). *Antropología y moda: Etnografías de vestimenta en el desierto de Atacama*. Ediciones de la Subdirección de Investigación, Ministerio de las Culturas.

Müller, E. (2021). *Vistiendo la modernidad: Moda y mujeres en Chile, 1850–1920* [Tesis de doctorado], Pontificia Universidad Católica de Chile.  
<https://doi.org/10.7764/tesisUC/HIS/62851>



Page, N. (1999). Creating consumers: Gender, class and the family sewing machine. En B. Burman (Ed.), *The culture of sewing: Gender, consumption and home dressmaking*. Berg.

Salazar, G. (1989). *Labradores, peones y proletarios (Siglo XIX)*. Ediciones Sur.  
<http://www.sitiosur.cl/r.php?id=233>

Vicuña, P. (2012). *Muchachitas liceanas: La educación y la educanda del liceo fiscal femenino en Chile, 1890–1930*. [Tesis para optar al grado de Magíster en Estudios Latinoamericanos]. Universidad de Chile. <https://repositorio.uchile.cl/handle/2250/112927>

Vilches, F. & Morales, H. (2017). From herders to wage laborers and back again: Engaging with capitalism in the Atacama puna region of northern Chile. *International Journal of Historical Archaeology*, 21(2), 369–388.  
<https://link.springer.com/article/10.1007/s10761-016-0386-x>

Zorn, E. (1998). (Re)fashioning the self: Dress, economy, and identity among the Sakaka of northern Potosí, Bolivia. *Chungara*, 30(2), 161–196. [https://www.chungara.cl/Vols/1998/Vol30-2/\(Re\)\\_Fashioning\\_the\\_self\\_dress\\_economy.pdf](https://www.chungara.cl/Vols/1998/Vol30-2/(Re)_Fashioning_the_self_dress_economy.pdf)

Recibido el 22 Jul 2025

Aceptado el 2 Sep 2025